

Queridos Franciscanos de María, empezamos con este domingo de Ramos la Semana Santa. Hay semanas en que la palabra de vida nos invita a la acción. En ésta, en cambio, creo que lo más importante es la contemplación. Tenemos que dedicarnos, al hilo de la liturgia de estos días tan importantes, a contemplar lo que sucedió y personalizarlo. Es decir, el único esfuerzo que debemos hacer es meditar sobre lo que hizo Cristo y concluir: “lo hizo por mí”. “Por mí” experimentó la angustia en el huerto. “Por mí” sufrió la traición de sus amigos. “Por mí” se desprendió de su querida Madre. “Por mí” soportó los clavos, la corona de espinas y la lanzada en el costado. “Por mí” gustó el abandono absoluto de no sentir la comunión con el Padre. “Por mí” murió. “Por mí”, sí, por mí. Y por culpa mía, pues no sólo me debía liberar del pecado original sino también de mis pecados personales.

Meditando sobre esto, después de cada “por mí”, debemos decir dos cosas, con el alma arrodillada ante ese momento de la Pasión que contemplamos: “gracias, Señor” y “por ti, Señor”. Que esta sea nuestra Semana Santa. Una semana en la que él triunfe en nosotros, en la que logre acercarnos a Él a base de amarnos y amarnos y amarnos sin medida. Dejémonos querer. Dejémonos salvar. Dejémonos purificar. Y demos gracias a cambio y prometámosle que no vamos a abandonar nuestras cruces porque él, por amor a nosotros, no abandonó la suya.

Acabo de regresar de Roma. Ya hemos comprado la casa que será la sede de los franciscanos de María cerca del Papa. Es un humilde sótano, lo cual me hace doblemente feliz, pues no sólo estamos en Roma ya sino que lo estamos como lo estuvo el Señor cuando se hizo hombre: en una cueva. Eso sí, os aseguro que es un sótano muy bien arreglado y que la cueva de Belén no tenía ni mucho menos las comodidades que tiene ésta, así que el Señor –siendo el Señor- fue infinitamente más humilde que nosotros. Estoy realmente contento y os pido que deis gracias a Dios por este don que nos ha hecho. Agradecedle también a San José, cuya intercesión he sentido de manera muy especial en todo el laborioso proceso que por fin ha concluido.

Que Dios os bendiga.

P. Santiago

Los 7 pasos del método: 1-oración 2-recordatorio de la *Palabra Vida* anterior 3-ronda de testimonios (las obras realizadas) 4-recordatorio del *Tema del Mes* 5-ronda de testimonios (los frutos de la meditación) 6-próxima *Palabra de Vida*, su ejercicio y *Tema del Mes* 7-oración



FRANCISCANOS DE MARÍA
MISIONEROS DEL AGRADECIMIENTO



Domingo de Ramos: Atraeré a todos hacia mí

17 de abril de 2011

“Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó: ‘Elí, Elí, lamá sabactaní’ (Es decir: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’)” (Mt 27, 45-46)

El domingo de Ramos abre la puerta a la Semana Santa. Por lo tanto, deberemos tener presente todos los acontecimientos que se celebran en esos siete días para fijarnos en lo que nos enseñan y en cómo hemos de comportarnos a su luz. De hecho, la lectura de la pasión que se hace en este día nos da la oportunidad de ver de una sola vez el drama íntegro de la Pasión.

La muerte del Señor, especialmente, se convierte en un reclamo para nuestra atención. Cristo está en la Cruz, muriendo en medio de la tortura, siendo inocente. Ha aceptado voluntariamente ocupar ese lugar y lo ha hecho no por que le guste el dolor, sino porque tiene que cumplir una misión y sabe que, para ello, debe cruzar esa puerta, la puerta del sufrimiento, la puerta de la cruz. Su misión es la salvación, pero la lleva a cabo no sólo derramando su sangre redentora para perdonarnos los pecados, sino también haciéndose uno con nosotros, compartiendo con nosotros nuestra suerte, incluido el sufrimiento físico, el abandono, la injusticia.

El objetivo de Cristo se logra plenamente cuando nosotros nos sentimos interpelados por él, por su amor, por su cruz. Si su amor nos conmueve, nos convierte, entonces su sacrificio ha servido para algo. Si permanecemos impassibles ante él, le habremos hecho inútil o al menos no plenamente útil. Dejémonos seducir por Cristo, dejémonos atraer por él, dejémonos salvar. Déjale a Dios que haga de Dios y que te salve.

Propósito: Medita sobre el amor de Cristo manifestado en la cruz. Date cuenta de lo que él ha hecho por ti. Agradéceselo y acércate a Él para que su sacrificio no sea en vano.

Tercera semana

Virgen emigrante.

La etapa de Belén termina, como sabemos, bruscamente. Las amenazas al Niño, y a los propios padres, eran serias. Herodes, el sangriento tirano, no se toma a la ligera las profecías que anuncian la llegada de un rey para Israel y decide, por si acaso, acabar con todo posible rival. Dios, que deja a los hombres su libertad pero que se reserva la última palabra, hace saber a José, otra vez a través de un ángel, la gravedad de la situación. Resuelto como era, sin perder un minuto, José comunica la noticia a su esposa y deciden huir para salvar su vida y la de su Hijo. En poco tiempo, probablemente aquel mismo día o como mucho al día siguiente, sin despedirse de nadie para no dar pistas y para no implicar a sus amigos, la Sagrada Familia emprendió el camino del destierro, de la emigración.

¿Cómo no ver en esta singular pareja, que lleva a su pequeñín en los brazos y que huye con lo puesto, a un modelo, a un paradigma, de tantos y tantos que por motivos diversos tienen que salir de su patria? Unos lo harán –lo han hecho- para buscar fuera un trabajo que no encuentran en su tierra. Otros se ven obligados a partir para no sufrir represalias por motivos políticos o religiosos. Los hay que marchan voluntariamente, mientras que otros son expulsados a la fuerza de su hogar, como las recientes oleadas de refugiados que fueron arrojados de Kosovo, de Chechenia, de tantos y tantos lugares donde el dolor se convierte en el único alimento del hombre y las lágrimas su principal bebida. Y si para algunos de estos emigrantes, el país donde acuden se muestra amistoso, para la mayoría es no sólo hostil sino a veces incluso cruel e injusto, explotador e inhumano.

José, Jesús y María, camino de Egipto, huyendo quizá de noche y escondiéndose de día, son un anticipo de tantos y tantos que han tenido que buscar fuera de su casa lo que se les negaba en ella. Nadie, pues, como ellos para comprender a los emigrantes, a los trabajadores temporeros o, incluso, a aquellos otros que, sin abandonar definitivamente su patria, tienen que pasar largas temporadas lejos de los suyos, en alta mar pescando o en países lejanos como trabajadores de grandes compañías que les envían allí a expandir su mercado.

Cuando estemos en una situación así, o tengamos a alguien próximo en semejante estado, acudamos a María, la peregrina, la emigrante, la amenazada. Pidámosle a ella, tan experta en conocer todas nuestras angustias, por aquellos que las sufren. Y, si no tenemos necesidad de pedir por ningún emigrante o alejado que pertenezca a nuestra familia, no olvidemos el ejemplo de la Sagrada Familia a la hora de tratar a los que, procedentes de otros países, se encuentran entre nosotros. En ese marroquí llegado en una patera, en ese iberoamericano que trabaja de albañil o de jardinero, en ese rumano que vende clínex en un semáforo, en esa muchacha filipina que sirve en una casa, hay un reflejo de María. Si la amamos, tratémosles a ellos, que viven en una situación como la que ella vivió, con la dignidad de seres humanos a que tienen derecho.

Propósito: Agradecer a Dios que una vez más se nos muestra como pobre entre los pobres, como aquel que no tenía ni donde reclinar su cabeza.

LA OBEDIENCIA ES MEJOR QUE EL MEJOR SACRIFICIO

La naturaleza es obediente: “El sol, la luna y las estrellas, que brillan y tienen una misión, son obedientes.” (Bar 6,59). Abraham es obediente: “Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz.” (Gn 22,18). Los apóstoles son obedientes a la voz del ángel: “Obedecieron, y al amanecer entraron en el Templo y se pusieron a enseñar.” (Hch 5,21). Pablo afirma: “No fui desobediente.” (Hch 26,19). Dios exige de su pueblo la obediencia: “Cumplid con los mandamientos y seréis fuertes...” (Lev 11) De los primeros cristianos, los apóstoles exigen la obediencia: “Obedeced a vuestros dirigentes y someteos a ellos.” (Heb 13,17). “Mejor es obedecer que sacrificar”, dice Samuel al rey Saúl (1Sam 15,22).

Dios escribe recto con renglones torcidos

La obediencia es uno de los valores fundamentales en la Iglesia Católica, y no es el capricho de nadie. Jesús ha puesto los cimientos de la obediencia de la manera que Él mismo la vivía. Después de haber “esquivado” la autoridad de sus padres quedándose, sin que ellos lo supieran, en el templo de Jerusalén, Jesús bajó con ellos a Nazaret y les fue obediente (Lc 2,51). Ha obedecido incluso la palabra de su Madre en Caná de Galilea (Jn 2). En los dos casos lo ha hecho porque sabía que esa era la voluntad de Dios. Es interesante cómo Jesús hacia los más cercanos, María y Pedro, sabía ser incluso brusco. “¿Quién es mi madre?” (Mt 12,48) dijo hablando de María. “¡Quítate de mi vista, Satanás!”, le dijo a Pedro “porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.” (Mt 16,23). A Judas, al Sumo sacerdote y a Pilatos, sin embargo, no dijo ninguna palabra ruda. Ha sido obediente a Judas, al Sumo sacerdote y a Pilatos que tramaban su muerte. En ellos vio la escritura recta de Dios pero con renglones torcidos... Pablo dice: “Y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.” Por eso Dios le ha exaltado y le dio el nombre sobre todo nombre. (Flp 2).

Frutos de la obediencia y de la desobediencia. Para que la obra que se hizo por inspiración suya pudiera crecer, san Francisco tuvo que renunciar a su visión de la vida consagrada y aceptar la Regla que le propuso la Curia Romana. Francisco tuvo más confianza en la jerarquía eclesial que en la propia inspiración. Tuvo una fe y confianza sobrenatural en la sabiduría de la Iglesia. Martín Lutero tuvo observaciones justificadas contra algunas normas que se habían establecido en la Iglesia de su época e hizo todo lo posible para corregirlo. Durante años tuvo una lucha continua con la jerarquía eclesial.

Y ¿Cuáles son los frutos de la obediencia de Francisco? La orden franciscana ha llegado a ser una de las órdenes más grandes de la Iglesia Católica. En la Orden, a lo largo de los siglos, ha habido renovaciones y reformas, pero todo eso únicamente fortalecía el carisma franciscano. Y ¿Cuáles son los frutos de la insistencia de Lutero en corregir lo que consideraba incorrecto? Se llegó a la división en el cuerpo de la Iglesia, y en los siglos que vinieron después, se siguió troceando, de modo que se fundaron nuevas iglesias “liberales” que no reconocían la autoridad de nadie...

La obediencia confiesa la fe en la fecundidad de la Pasión y la Resurrección

La sabiduría monástica dice que el dirigente puede equivocarse cuando manda. “El dirigente dará cuenta de ello...”, dice la carta a los hebreos. (Heb 13,17). El religioso (pero todo cristiano también) no puede equivocarse siendo obediente; en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman. (Rm 8,28). La obediencia es la piedra angular de la Iglesia Católica. La piedra angular que ha puesto el mismo Jesús con su propia vida, con su Pasión y su muerte. Cuando no crucifica, la obediencia es ligera. Cuando crucifica a alguien y él sigue obedeciendo, ése demuestra que realmente cree en la fecundidad de la Pasión y de la Resurrección. (Cortesía de Gilson Rincón, coordinador)